



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

EL PACTO

Fernando Fernández Rodríguez



PRIMER PREMIO 2010

Colección: Biblioteca Universitaria. Premios de Relato Corto

EL PACTO

FERNANDO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Bajo el seudónimo: AGUSTÍN

PRIMER PREMIO RELATO CORTO 2010

SEUDÓNIMO: AGUSTÍN

TÍTULO: EL PACTO

El matemático alemán Johann Müller encontró en Venecia, en 1464, los seis primeros libros de la *Arithmetica* de Diofanto de Alejandría, una amplia colección de problemas sobre las propiedades de los números enteros, escrita alrededor del año 250 d. C.

Una fría noche de 1637, Pierre de Fermat, un alto funcionario judicial francés apasionado por las Matemáticas leía, bajo la tenue luz de su chimenea, una traducción al latín de la *Arithmetica* de Diofanto y escribía de su puño y letra, en los márgenes del libro, el siguiente comentario enigmático: *“Es imposible dividir un cubo en suma de otros dos o un bicuadrado en otros dos bicuadrados, en general una potencia cualquiera superior a dos en dos potencias del mismo grado; he descubierto una demostración maravillosa pero este margen es demasiado estrecho para contenerla.”*

La maravillosa demostración que Pierre de Fermat no pudo anotar en el estrecho margen de aquel libro nunca aparecería entre sus papeles póstumos. Desde entonces, los matemáticos más insignes intentaron, durante tres siglos y medio, hallar la prueba de aquel enunciado que habría de llamarse el último teorema de Fermat. Solo fueron capaces de encontrar resultados parciales. El hallazgo de cualquier pista sobre aquella demostración desaparecida iba a constituir un problema obsesivo, y se convertiría para muchos en la búsqueda del Santo Grial de las matemáticas. Además de prestigio intelectual, el problema también tenía una recompensa en metálico. En 1908/ Paul Wolfskehl, un industrial alemán enamorado de las Matemáticas, dejaría en su testamento a la Universidad de Gotinga una considerable cantidad de dinero para quien demostrara, antes de un siglo, es decir, antes de 2007, que el último teorema de Fermat era cierto. Los lazos de Wolfskehl con aquel problema eran sutiles. Durante su juventud, en una noche de desesperación en que planeaba quitarse la vida al haber sido rechazado por una hermosa mujer, pensó en medio de su ofuscación que tenía una nueva pista sobre el problema. Su pasión por las Matemáticas le mantuvo trabajando hasta altas horas de la madrugada, momento en que recobró la cordura y el amor por la vida.

Una tarde en la primavera de 1995, Agustín se encontraba extenuado después de escrutar, durante varias horas, las oscuras profundidades de los números enteros. Llevaba buscando desde hacía muchos años la demostración perdida de Fermat. Aquel extraordinario problema le obsesionaba cada día más y, como si de una maldición se tratase, se había ido apoderando poco a

poco de su persona. Buscaba con ello la redención de una vida académica que, hasta entonces, había resultado poco productiva e insatisfactoria. A un brillante doctorado que le permitió asegurar su permanencia en la universidad, le habían seguido años de dolorosa mediocridad. Su caudal inicial de ideas se había reducido considerablemente y hacía mucho tiempo que no conseguía publicar un solo resultado brillante. Quizás su campo de estudio era demasiado complicado y el conseguir nuevos progresos fuera extremadamente difícil; quizás su inspiración se había secado para siempre, de forma ineluctable y prematura; lo cierto es que se sentía cada vez más abrumado por la falta de resultados en la investigación. Un día tras otro se veía incapaz de redimir su insignificante existencia y aquella mediocridad intelectual en que estaba sumido. Por ello, resolver el problema de Fermat se había convertido ya en la principal razón de su vida.

Cada tarde, tras varias horas de trabajo obsesivo y agotador, siempre solía tomarse un descanso y contemplar el crepúsculo desde la ventana de su despacho. Mientras el Sol se ponía apacible tras el palmeral de Salvago, la luz del atardecer iluminaba el Campus de Tafira como en el sueño primaveral de un artista. Él sentía entonces una enigmática llamada suscitada por el insólito espectáculo de ese instante en que el día se conjura con las sombras para invocar a la noche. Aquella fugaz convocatoria le devolvía cada tarde algo que había perdido mucho tiempo atrás sin que pudiese recordar dónde y que solo le devolvía la magia del crepúsculo. Entonces una sensación de profunda nostalgia se apoderaba de él para transportarlo a épocas ya muy remotas. Recordaba viejas quimeras de su juventud, su atracción por la música y la pintura, su sensibilidad literaria. Aquel temperamento artístico le proporcionaba una extraordinaria capacidad de evasión para trasladarse a mundos imaginarios y alternativos que le servían de refugio cotidiano siempre que lo necesitaba. Pero, raramente varias pasiones pueden convivir pacíficamente en un mismo cuerpo, y ese fervor artístico hubo de ser sacrificado en aras de su otra gran devoción, las Matemáticas. Su yo dividido tuvo que tomar la decisión de ir enterrando, poco a poco, los aspectos sublimes de su persona para que se impusiesen los matices más fríos y racionales de su cerebro. Así, la impasible belleza estética de las Matemáticas terminó ganando de forma inapelable aquella partida y amputando de su personalidad todo colorido. Agustín acabó convertido en un ser monocromático, insensible, poco amigable, siempre absorto y distraído; una sigilosa carcoma había transformado su carácter conduciendo su personalidad atormentada a un laberinto donde todo estaba presidido por el gran

objetivo de su vida, resolver aquel enigmático problema que le daría extraordinario prestigio y le haría traspasar las puertas de la inmortalidad.

Solo tenía ya un antídoto contra esa obsesión, aquella melancolía que traía el crepúsculo haciendo resucitar, cada tarde, un mundo recóndito que aún dormía en su interior. Ante alguna mágica señal, escrita en el código indescifrable de los recuerdos, su sensibilidad marchita despertaba produciendo imágenes desbordantes que lo transportaban, sin saber cómo, a un remoto paraíso perdido. Aquellas fugaces fantasías que surgían cada tarde eran como una efímera compensación que le ayudaban a sobrellevar la insoportable condena de una vida vacía a la que le había conducido su enfermiza pasión por la conjetura de Fermat. Sólo en el oasis del atardecer podía encontrar cada día un poco de paz ante los continuos fracasos en que su trabajo había naufragado durante tantos años.

No obstante, aquellos días de principios de mayo de 1995 se encontraba esperanzado. Aunque en esa época del año se hallaba exhausto por el final del periodo lectivo en la universidad, estaba seguro de que había encontrado una importante pista para resolver el problema. Quizás era la ocasión de su vida. Había en juego mucho dinero, su carrera universitaria, su prestigio profesional y, sobre todo, su inconfesable vanidad. Agustín había madurado desde hacía algún tiempo una idea nueva. Solo necesitaba un último impulso para alcanzar el gran resultado final, pero por mucho que hacía volar su imaginación no encontraba la solución definitiva. Confuso y decepcionado se sentaba ante una pizarra en su despacho de la universidad. Mientras se esforzaba en sus razonamientos oteaba de vez en cuando a través de la ventana buscando que la fantasía del mundo exterior le trajese aquella inspiración que se negaba a florecer en su imaginación estéril.

Una tarde, después de trabajar hasta bien entrada la noche, volvió a su casa y se fue pronto a la cama. No tardó en reunirse con el sueño que pronto lo arrastró al laberinto incoherente de una extraña pesadilla. Estaba en su despacho. Reconocía cada uno de los objetos pero los veía de colores más puros y exuberantes, los sentía cargados de fuerza. Un extraño individuo estaba sentado frente a su mesa. Era un caballero muy alto, vestido de rojo, de semblante hosco, mirada penetrante como un alfiler y cejas muy tupidas y prominentes. Su presencia era inquietante. Aquel siniestro personaje le saludó y se presentó como el mismísimo diablo. Conocía el problema en el que trabajaba. Le proponía firmar un pacto. A cambio de su servidumbre se ofrecía a iluminarle para resolver la conjetura de Fermat. Solo tenía que suscribir un pequeño contrato y el acuerdo se llevaría

a cabo de inmediato. Agustín se encontraba sumamente confuso. No sabía qué hacer ni qué contestar. En un profundo estado de zozobra despertó bañado en sudor. Finalmente respiró aliviado, por fortuna todo había sido una pesadilla.

Al día siguiente se tomó un descanso y buscó en la biblioteca universitaria algún libro donde informarse sobre el drama del Doctor Fausto. Aquel compromiso con el diablo para alcanzar el conocimiento, el amor o una prolongada juventud a cambio de la entrega del alma de un mortal debía ser sellado a sangre y fuego. En la obra de Marlowe, cuando Fausto intenta estampar su firma con la tinta de su propia sangre, esta se hiela. Mefistófeles usa entonces el fuego para derretirla. Aquella ceremonia le resultó ingenua y desatinada y despertó finalmente su hilaridad. Pronto volvió al trabajo queriendo olvidar aquel despropósito.

Pasaron los días. Agustín continuaba inexorablemente atascado en sus intentos de resolver la conjetura de Fermat. Por más vueltas que le daba, regresaba siempre al mismo punto. Estaba continuamente malhumorado, ávido, desesperado. Daría cualquier cosa por obtener algún resultado. Un día de especial ofuscación pensó que estaría incluso dispuesto a vender su alma al diablo por resolver el problema. A partir de entonces la extraña figura diabólica volvió a adueñarse de sus sueños, ofreciéndole, una y otra vez, la firma de un pacto. Inicialmente Agustín se mostraba hostil y muy escéptico ante aquella idea, pero poco a poco fue cediendo ante la curiosidad. Finalmente tomó la decisión de probar suerte con aquel juego que le atraía y seducía de forma misteriosa e inexplicable. Tenía muy poco que perder en el intercambio; al fin y al cabo siempre había dudado de la existencia de Dios, y tampoco creía que el hombre poseyese un alma inmortal. Si el pacto funcionaba, quizás por algún extraño sortilegio, recibiría algún soplo de inspiración en su árido trabajo. Quién sabe si el resultado que buscaba pudiese estar oculto tras cualquier pequeño signo esotérico cuyo poder metafísico él ignoraba. La transacción resultaba, por tanto, muy ventajosa. A cambio de un alma que él sin duda no poseía, podría ser recordado para siempre en la historia de las Matemáticas.

Así, Agustín se dispuso finalmente a firmar el pacto. Primero arrancó de aquel viejo libro de la biblioteca la página donde estaba escrito el contrato. Después, con una pequeña navaja se practicó una incisión en la mano izquierda. Al momento brotó de la herida el rojo torrente sanguíneo que depositó, con esmero, en una pequeña copa. Calentó la copa con una vela y sirviéndose de una vetusta pluma firmó el contrato con su propia sangre.

Quedó a la espera sentado frente a su mesa. Pasaron varias horas. Después se levantó, abrió la ventana para tomar el aire y una ráfaga de viento penetró con fuerza desde el exterior. Los papeles que había sobre la mesa volaron en todas direcciones, pero la llama de la vela usada para firmar el contrato apenas parpadeó; tampoco parecía haberse consumido lo más mínimo tras la ceremonia.

Pero en su despacho no ocurría nada especial. Agustín comenzó a sentirse grotesco y decepcionado por haber creído semejantes patrañas. Aquel ceremonial no había sido más que un estafalario disparate.

Para olvidar su frustración decidió sumergirse, una vez más, en el trabajo. Se acercó a la pizarra y volvió a retomar aquel viejo teorema que perseguía desde hacía tantos años. Entonces, sin saber cómo, de su mano brotaron brillantísimos desarrollos matemáticos que, hasta entonces, le habían estado vedados y que ni siquiera habría sido capaz de soñar la tarde anterior. Se sentía profundamente seguro en sus razonamientos; era como si, de pronto, estuviese en posesión de un caudal ilimitado de nuevas ideas hasta entonces inimaginables. Al poco rato se dio cuenta de que había resuelto el viejo enigma de Fermat. Sus largos años de trabajo habían tenido, por fin, la merecida recompensa.

No había tiempo que perder a la hora de publicar su enorme hallazgo y garantizarse, para siempre, los derechos de autor. En poco tiempo pasó a limpio todas sus notas, las metió en un sobre, bajó a la conserjería de la Facultad y las depositó en el buzón del cartero. Al día siguiente aquella carta saldría dirigida hacia el director de la prestigiosa revista *Annals of Mathematics*, una de las mejores publicaciones especializadas de su campo. En pocas semanas gozaría ya, para siempre, del reconocimiento unánime en la profesión.

Pero, con el paso de las horas, un extraño presentimiento comenzó a rondarle la cabeza y la euforia fue transformándose en duda, y la duda, en sospecha. ¿Habría tenido algo que ver su brillante hallazgo con la ceremonia que había tenido lugar aquella tarde? Si el sortilegio había funcionado, ¿tendría que pagar algo a cambio por la ayuda recibida? Sumido en esas meditaciones, su sangre volvió a helarse por segunda vez cuando advirtió que no estaba solo en su despacho. Alguien más le acompañaba. Era aquel siniestro personaje que tantas veces apareciera en sus sueños. Con sonrisa maligna y mirada sobrecogedora venía raudo a cobrar su deuda. Exigiendo que Agustín cumpliera su parte del contrato Mefistófeles, exclamó:

— Tienes algo que me pertenece. Hace mucho tiempo que espero este momento. Desde que puse en tu camino la obsesión por resolver el problema de Fermat supe que llegaría a apoderarme de tu alma. Tu ambición y tu vanidad te han traído hasta mí; son mis pecados favoritos, constituyen el sostén de mis pompas, mis obras y mis seducciones; son las dos grandes columnas que sustentan mi reino. El ambicioso envidia todo cuanto no posee y jamás aprecia lo que ya tiene; esa debilidad me entusiasma. Existe además otra cualidad que adorna y acompaña, con demasiada frecuencia, a la ambición. Se trata de la mediocridad. Los mediocres ambiciosos son mis mejores clientes; su personalidad me fascina. Te sorprendería saber cuántos personajes prominentes han firmado conmigo un pacto para alcanzar su éxito movidos por la mediocridad. No obstante, yo, desde el punto de vista profesional, siempre he preferido que los hombres se condenen por su vanidad porque es el pecado más sutil; su estética raya en la perfección; también es el más antiguo y el más entrañable, porque un remoto día me precipitó hacia el abismo a mí el más bello de todos los ángeles. En la epopeya universitaria la vanidad siempre está acompañada de la envidia, el pecado capital más genuino y delicadamente académico, una maldición indeleble que siempre subyace en el fondo del alma humana, pero que en la contienda universitaria llega a convertirse en un arte que se practica con sublime refinamiento. Llevo años merodeando en tus sueños, moldeando tu ambición, avivando tu vanidad, estimulando tu pasión por el éxito, agujoneando tu curiosidad, apremiando tu instinto de búsqueda, acercándote cada vez más y más a un resultado que jamás alcanzarías por ti mismo. La ambición y la vanidad han conseguido consumir tu vida y moldear tu alma atrayéndola hacia mi territorio y preparándola para este instante supremo en que habría de pasar a mi propiedad.

Agustín vio entonces, por un momento, la cara de la muerte y pensó con terror en las penas del infierno que le aguardaban. Postrado, de rodillas, pidió clemencia mientras aquel siniestro personaje le respondía:

— No te preocupes, no voy a matarte ni a enviarte a ningún lugar remoto en las entrañas de la tierra para que ardas eternamente. Mi reino es de este mundo. Solo estás condenado a servirme en la tierra, que es donde están mis dominios. El infierno está aquí, es este mundo donde habitamos. No existe ningún otro lugar peor. Como bien saben algunos teólogos, el infierno no ocupa ningún territorio concreto, es un inmenso lugar sin límites que coincide con cada destino personal. Todo hombre se forja su propio infierno. Desde hace mucho tiempo tú ya has elegido el tuyo. Sin que apenas te percatases, tu vida se ha ido consumiendo entre las llamas que han avivado tu vanidad y tu

ambición. Pero la mansedumbre del atardecer conseguía rescatarte cada tarde transportándote al único paraíso que te quedaba, ese jardín donde encuentras la nostalgia de tus recuerdos. A partir de ahora, vivirás el infierno de la ambición sin tregua, a perpetuidad, sin esa pequeña posibilidad de redención que te traía el oasis de cada puesta de sol, sin que esa misteriosa llamada pueda volver a trasladarte a los ensueños donde hallabas cada día tu pequeño refugio. Siempre castigo a los ambiciosos concediéndoles sus deseos. Tu condena será tu propio éxito. El teorema que has logrado demostrar con mi ayuda extenderá tu prestigio por todo el orbe universitario. La singular inteligencia que te da nuestro pacto te hará trabajar sin descanso. Surgirán nuevos problemas que llevarán tu nombre, y otros mediocres, como tú, intentarán resolverlos. Tú serás la semilla de mis campos; del resto me encargo yo. Gracias al talento que te he dado, mi reino se extenderá triunfante en muchos ámbitos académicos en los que jamás había soñado penetrar.

Agustín preguntó entonces, entre lágrimas, cuánto duraría su condena. El diablo le respondió: – Nuestro compromiso es eterno. Esta vela que has utilizado para hervir tu sangre en el ceremonial, será el símbolo de nuestro pacto. Nunca se apagará ni consumirá. Seguirá ardiendo para siempre como testimonio de la vigencia de nuestro compromiso.

Finalizado su discurso, Mefistófeles desapareció en medio de humo, llamas y un penetrante olor a azufre. Agustín no daba crédito a cuanto había pasado aquella tarde en su despacho. El mito del Doctor Fausto, lejos de un recurso literario o retórico, era un drama universal cotidiano que podía subyugar la existencia de cualquier ser humano convirtiéndolo en un esclavo del demonio llevado por su propia vanidad y ambición. En medio de una tremenda confusión intentaba pensar. Tenía que haber alguna forma de retrotraer aquel pacto y rescindir el siniestro contrato. Tomó entonces en sus manos el documento firmado para destruirlo. Lo acercó a la vela, una y otra vez, queriendo quemarlo. Todo intento era inútil, ni la vela se consumía ni su llama hacía que ardiese el pliego que había firmado. Otra idea pasó entonces fugaz por su cabeza. Quizás podría deshacer aquel contrato si la solución de la conjetura de Fermat no llegaba a publicarse bajo su nombre. Si él no terminaba siendo el autor, no habría pacto. Recordó que, en la euforia inicial que prosiguió a los primeros momentos tras la resolución del enigma, había depositado en la conserjería una carta dirigida al director de una prestigiosa publicación matemática con una versión abreviada de sus resultados. Entonces bajó velozmente a recuperarla. El cartero no la recogería hasta la mañana siguiente y todavía podría rescatarla. Pronto sus ilusiones se desvanecieron porque ya no se hallaba en el buzón. Un bedel le

informó de que, de forma totalmente inusual, el cartero había pasado a recoger la correspondencia de la Facultad aquella misma tarde. Quizás habría sido la casualidad; tal vez una artimaña diabólica. Todo estaba perdido.

A la mañana siguiente, cuando regresó a la universidad, se encontraba completamente abatido ante el eterno cautiverio a que había sido condenado. Comenzó leyendo la correspondencia. Uno de los sobres contenía un ejemplar de la revista *Annals of Mathematics*. Al ojear su contenido, su sorpresa fue inmensa. La revista dedicaba el artículo estrella y un editorial a la conjetura de Fermat, que había sido resuelta por un genial matemático llamado Andrew Wiles, de la universidad de Princeton, algunos meses antes que él. Aquel insigne investigador no había necesitado contraer ninguna deuda para resolver el problema. La casualidad había pillado al diablo completamente desprevenido haciéndole cometer un tremendo error que le obligaba a tener que incumplir uno de sus contratos más jugosos.

Agustín por fin respiró aliviado. Ya nunca sería el autor del último teorema de Fermat. Ahora podría declarar aquel funesto acuerdo nulo y sin efecto. Entonces acercó de nuevo a la vela el pliego siniestro donde había firmado el pacto. Este ardió de inmediato hasta quedar reducido a cenizas. Después sopló con brío su llama, que se apagó de inmediato. El acuerdo con el diablo había quedado rescindido. Su alma volvía a pertenecerle.

El hallazgo de Andrew Wiles libró a Agustín, ya para siempre, de la maldición del teorema de Fermat. Lejos de sentirse desterrado de ese jardín del Edén que florece con la gloria, a partir de aquel día aceptó su mediocridad. Lo hizo gustoso, sin resignación, como si la mediocridad, lejos de constituir un signo de pequeñez, fuese un atributo liberador que iba a permitirle descubrir muchas otras cosas mundanas. Tenía entonces 55 años y ya no volvería a sentir el desafío de ningún otro problema matemático. A cambio, cultivó aquellos placeres elementales que le sugería el atardecer y que le habían resultado ignotos durante tantos años; había inmensos territorios personales que deseaba explorar, demasiadas preguntas sobre sí mismo que necesitaba responder. Esas preguntas tenían un hechizo mucho más poderoso que la imposible magia de los números enteros.

Desde entonces, cuando hojeando alguna revista matemática encontraba un brillante resultado publicado por un colega, se encogía de hombros y pensaba para sus adentros:

—Otra alma que lleva el diablo...